LEÓN, FRAY LUIS DE (1527 – 1591)

TRADUCCIONES DE CLÁSICOS

DE VIRGILIO

ÉGLOGA I. Tírito y Melibeo

ÉGLOGA II. Alexis

ÉGLOGA III. Dametas, Menalcas, Palemon

ÉGLOGA IV. Sicelides

ÉGLOGA V. Menalcas, Mopso

ÉGLOGA VI. Prima Siracusio

ÉGLOGA VII. Forte sub arguta. Melibeo, Corydón, Tirsi

ÉGLOGA VIII. Damón y Alfesibeo

ÉGLOGA IX. Lícidas, Meris

ÉGLOGA X. Extremum

ÉGLOGA I

Tírito y Melibeo

MELIBEO

Tú, Títiro, a la sombra descansando
desta tendida haya, con la avena
el verso pastoril vas acordando.

Nosotros, desterrados; tú, sin pena,
cantas de tu pastora, alegre, ocioso,
y tu pastora el valle y monte suena.

TIRITO

Pastor, este descanso tan dichoso
Dios me lo concedió, que reputado
será de mí por dios aquel piadoso,

Y bañará con sangre su sagrado
altar muy muchas veces el cordero
tierno, de mis ganados degollado.

Que por su beneficio soy vaquero,
y canto, como ves, pastorilmente
lo que me da contento y lo que quiero.

MELIBEO

No te envidio tu bien; mas grandemente
me maravillo haberte sucedido
en tanta turbación tan felizmente.

Todos de nuestro patrio y dulce nido
andamos alanzados. Vesme agora
aquí cuál voy enfermo y afligido,

Y guío mis cabrillas; y esta que hora
en medio aquellos árboles parida,
¡ay!, con lo que el rebaño se mejora.

Dejó dos cabritillos, dolorida,
encima de una losa, fatigado
de mí sobre los hombros es traída.

¡Ay triste!, que este mal y crudo hado,
a nuestro entendimiento no estar ciego
mil veces nos estaba denunciado.

Los robles lo decían ya, con fuego
tocados celestial, y lo decía
la siniestra corneja desde luego.

Mas tú, si no te ofende mi porfía,
declárame, pastor, abiertamente
quién es aqueste dios de tu alegría.

TIRITO

Pensaba, Melibeo, neciamente,
pensaba yo que aquella que es llamada
Roma, no era en nada diferente

De aquesta villa nuestra acostumbrada,
adonde las más veces los pastores
llevamos ya la cría destetada.

Ansí con los perrillos los mayores,
ansí con las ovejas los corderos,
y con las cosas grandes las menores.

Solía comparar; mas los primeros
lugares, con aquélla comparados,
son como dos extremos verdaderos,

Que son de Roma ansí sobrepujados,
cual suelen del ciprés, alto y subido,
los bajos romerales ser sobrados.

MELIBEO

Pues di: ¿cuál fue la causa que, movido,
a Roma te llevó? Tit. Fue libertarme;
lo cual, aunque algo tarde, he conseguido.

Que, al fin, la libertad quiso mirarme
después de luengo tiempo, y, ya sembrado
de canas la cabeza, pudo hallarme;

Después que Galatea me ha dejado,
y soy de la Amarilis prisionero,
y vivo a su querer todo entregado.

Que en cuanto duró aquel imperio fiero
en mí de Galatea, yo confieso
que ni curé de mí ni del dinero.

Llevaba yo a la villa mucho queso;
vendía al sacrificio algún cordero,
mas no volvía rico yo por eso.

MELIBEO

Y esto fue aquel semblante lastimero
que tanto en Galatea me espantaba;
esto por qué llamaba al cielo fiero.

Esto por qué tristísima dejaba
la fruta sin coger en su cercado,
pues Títiro, su bien, ausente estaba.

Tú, Títiro, te habías ausentado,
los pinos y las fuentes te llamaban,
las yerbas y las flores de este prado.

TIRITO

¿Qué pude? Que mil males me cercaban,
y allí para salir de servidumbre
los cielos más dispuestos se mostraban.

Que allí vi, Melibeo, aquella cumbre,
aquel divino mozo por quien uno
mi altar en cada mes enciende lumbre.

Allí primero dél que de otro alguno
oí: «Paced, vaqueros, libremente,
paced como solía cada uno».

MELIBEO

Por manera que a ti perpetuamente
te queda tu heredad, ¡oh bienhadado!,
aunque pequeña, pero suficiente.

Bastante para ti demasiado,
aunque de pedregal y de pantano
lo más de toda ella está ocupado.

No dañará el vecino grey mal sano
con males pegadizos tu rebaño,
dejando tu esperanza rica en vano.

No causará dolencia el pasto extraño
en lo preñado dél, ni en lo parido
las nunca usadas yerbas harán daño.

Dichoso poseedor, aquí tendido
del fresco gozarás, junto a la fuente
a la margen del río do has nacido.

Las abejas aquí continamente,
deste cercado hartas de mil flores,
te adormirán sonando blandamente.

Debajo la alta peña sus amores
el leñador aquí, cantando al viento,
esparcirá, y la tórtola dolores.

La tórtola en el olmo haciendo asiento
repetirá su queja, y tus queridas
palomas sonarán con ronco acento.

TIRITO

Primero los venados las tendidas
lagunas pacerán, y el mar primero
denegará a los peces sus manidas,

Y beberá el Germano y Parto fiero,
troncando sus lugares naturales,
el Albi aquéste, el Tigri aquél, ligero;

Primero, pues, que aquellas celestiales
figuras de aquel mozo, de mi pecho
borradas, desaparezcan las señales.

MELIBEO

Nosotros pero iremos con despecho,
unos, a los sedientos Africanos,
otros, a los de Scitia, campo estrecho,

Y otros a los montes y a los llanos
de la Creta, y del todo divididos
de nuestra redondez a los Britanos.

Después de muchos días ya corridos,
¡ay!, si avendrá que viendo mis majadas,
las pobres chozas, los paternos nidos;

Después de muchas mieses ya pasadas,
si viéndolas diré maravillado:
¡Ay, tierras, ay, dolor, mal empleadas!

¿Tan buenas posesiones un soldado
maldito, y tales mieses tendrá un fiero?
¡Ved para quién hubimos trabajado!

Ved a qué miserable y lastimero
estado a los cuitados ciudadanos
condujo el obstinado pecho entero.

Ve, pues, ¡oh Melibee!, y con tus manos
en orden pon las vides, y curioso
enjere los perales y manzanos.

Andad, ganado mío, ya dichoso;
dichosas ya en un tiempo, id, cabras mías,
que ya no cual solía, alegre, ocioso,

No estando ya tendido en las sombrías
cuevas, os veré lejos ir paciando,
colgadas por las peñas altas, frías.

No cantaré; ni yéndoos yo paciando,
vosotras ni del cítiso florido,
ni del amargo sauce iréis cogiendo.

TIRITO

Podrías esta noche aquí tendido
en blanda y verde hoja dar reposo
al cuerpo flaco, al ánimo afligido.

Y cenaremos bien, que estoy copioso
de maduras manzanas, de castañas
enjertas, y de queso muy sabroso.

Y ya las sombras caen de las montañas
más largas, y convidan al sosiego;
y ya de las aldeas y cabañas
despide por los techos humo el fuego.

ÉGLOGA II.

Alexis

En fuego Coridón, pastor, ardía
por el hermoso Alexi, que dulzura
era de su señor, y conocía
que toda su esperanza era locura.
Solo, siempre que el sol amanecía,
entrando de unas hayas la espesura,
con los montes a solas razonaba,
y en rudo verso en vano ansí cantaba:

«No curas de mi mal, ni das oído
a mis querellas, crudo, lastimeras,
ni de misericordia algún sentido,
Alexi, en tus entrañas vive fieras.
Yo muero en viva llama consumido;
tú siempre en desamarme perseveras,
ni sientes mi dolor, ni yo te agrado,
por donde me será el morir forzado.

»Busca el ganado agora lo sombrío,
y por las cambroneras espinosas
metidos los lagartos buscan frío,
y Téstilis comidas provechosas
compone, a los que abrasa el seco estío,
con ajos y con yerbas olorosas:
conmigo por seguirte, al sol ardiente
resuena la cigarra solamente.

»¡Ay triste! ¿Y no me hubiera mejor sido
las iras de Amarilis, los enojos
y su desdén soberbio haber sufrido,
y haber dado a Menalca mis despojos?
Bien que es Menalca un poco denegrado,
bien que tú en color, blanco, hermoso en ojos,
mas no fíes en eso, que preciada
sobre la blanca rosa es la violada.

»Despréciasme arrogante, y no te curas
de mí, ni de saber cuánto poseo
en queso y en ganado; las alturas
pazco con mil ovejas del Liceo,
en el estío, en las heladas duras,
de fresca leche falto no me veo;
canto como el Anfión ya cantaba
las veces que sus vacas convocaba.

»Pues menos soy tan feo, que aun agora
estando el mar en calma he contemplado
mi rostro en la ribera, y si no mora
pasión en mí, con Dafni comparado,
no temeré tu voz despreciadora,
ni temeré de ti ser condenado:
ansí no condenases las cabañas,
el apriscar, la caza, las montañas.

»El perseguir los ciervos temerosos
con ponzoñosas flechas, ¡ay!, te agrade;
al pasto los cabritos deseosos
guiar con verde acebo no te enfade;
morar los montes yermos y fragosos,
a ti ni la cabaña desagrade;
que puesto entre las selvas y cantando
conmigo irás al dios Pan imitando.

»El Pan fue el que primero sabiamente
en la flauta diversas voces puso;
de grueso y de tamaño diferente
con cera muchas cañas Pan compuso.
Pan guarda las ovejas, Pan la gente
del campo; y no te pese hacer al uso
de la docta zampona el labio bello,
que Amintas se perdía por sabello.

»Tengo de siete voces bien formada
una sonora flauta que me diera
Dameta, ya muriendo, en la pasada
siega, diciéndome de esta manera:
Tú me sucede en ésta, que tocada
por ti, te acordará de mí siquiera.
Dametas me la dio; quedó lloroso
Amintas, el tontillo, de invidioso.

»Tengo dos corzos que una oveja cría,
de pelo blanco a manchas variados;
agótanle las tetas cada día,
y fueron con peligro mío hallados;
llevármelos la Tétilis porfía:
yo para ti los tengo muy guardados,
y al fin los llevará, pues en mis dones,
despreciador, los ojos aun no pones.

»Ofrécente las ninfas oficiosas

sus canastillos de azucenas llenos;
coge para ti Nais, la blanca, rosas,
la viola, los lirios, los amenos
acantos y amapolas olorosas,
flores de anís y los tomillos buenos,
y casia y otras mil yerbas divinas,
junto con el jazmín las clavellinas.

»Pues yo te cogeré manzanas bellas
cubiertas de su flor, y las queridas
castañas de Amarilis, y con ellas
ciruelas que merecen ser cogidas.
Tú, mirto, y tú, laurel, iréis sobre ellas,
que juntos oléis bien. ¡Ay tosco! ¿Olvidas
que Alexi de los dones no hace caso,
y que, si a dones va, no es Yola escaso?

»¿Qué hice? ¡Ay sin sentido!, puesto he fuego
en el rosal amado, en la agua pura
lancé los jabalís, turbé el sosiego
del líquido cristal. ¡Ay!, la espesura
del bosque moró Apolo; ¿qué huyes, ciego?
Y el Paris en el bosque halló ventura;
Palas more sus techos suntuosos,
nosotros por los bosques deleitosos.

»Por las montañas la leona fiera
al ya no osado lobo hambriento sigue;
el lobo carnicero a la ligera
cabra, de día y noche la persigue;
en pos de la retama y cambronera
la cabra golosísima prosigue;
yo en pos de ti, ¡oh Alexi!, y de consuno
en pos de sus deleites cada uno.

»Su obra ya los bueyes fenecida,
y puesto sobre el yugo el curvo arado,
se tornan, y la sombra ya extendida
de Febo, que se pone apresurado
huyendo, alarga el paso, y la crecida
llama, que me arde el pecho, no ha menguado;
mas ¿cómo menguará? ¿Quién puso tasa?
¿Quién limitó con ley de amor la brasa?

»¡Ay Coridón! ¡Ay triste! ¿Y quién te ha hecho
tan loco, que en tu mal embebecido,

la vid aún no has podado? Vuelve al pecho;
recobra el varonil vigor perdido;
haz algo necesario o de provecho,
de blando junco o mimbre algún tejido:
que si te huye aqueste desdeñoso,
no faltará otro Alexi más sabroso».

ÉGLOGA III

Dametas, Menalcas, Palemon

MENELCAS

Dime, ¿es de Melibeo este ganado?

DAMETAS

No es sino de Egón, que el mismo Ego
ahora me lo había encomendado.

MENELCAS

¡Ovejas desdichadas! Hace entrego
de sí mismo a Neera, preferido
porque yo no lo sea, y arde en fuego,
Y fía su ganado de un perdido;
ordéñasle dos veces en un hora,
la madre dejás seca y desvalido
El hijo.

DAMETAS

Paso, amigo, que aun ahora
nos acordamos quién... ya me entendistes,
y adónde, aunque la diosa que allí mora
Con ojos lo miró no nada tristes;
y de través las cabras lo miraron.
¡Mirad que habláis con hombre! ¿Bien me oístes?

MENELCAS

Sí, sí; en el mismo tiempo que me hallaron
cortando de Micones las posturas
con mala podadera, y me prendaron.

DAMETAS

O cuando junto a aquellas espesuras
el arco y la zampoña quebrantabas

de Dafni con entrañas, malo, duras;
En envidiosa rabia te abrasabas,
porque lo había el zagalejo dado,
y si no le dañaras, reventabas.

MENELCAS

¿Qué no osará quien puede, si un malvado
ladrón así se atreve? Di, atrevido,
¿no fue de ti un cabrón a Damo hurtado,
Y la Licisca al cielo alzó el ladrido?
Grité: «¿Dó sale aquél? Títiro, mira»;
tú en la juncada estabas escondido.

DAMETAS

Cantando vencí a Damo. ¿Quién me tira
cobrar lo que mi musa mereciera,
si Damo de lo puesto se retira?
Si no lo sabes, mío el cabrón era,
y el mismo Damo serlo confesaba;
negábamelo no sé en que manera.

MENELCAS

¿Tú a él?, ¿tú tocas flauta?, ¿no sonaba
tu caramillo vil por los oteros,
y el verso miserable aún no igualaba?

DAMETAS

¿Pues quieres que probemos esos fieros?
Yo pongo esta becerra, que dos cría,
y hinche cada tarde dos lecheros.
Yo pongo; no rehúyas la porfía;
tú di lo que pondrás, y experimenta
a dó llega tu musa, a dó la mía.

MENELCAS

Del ganado no pongo, que doy cuenta
por horas a mi padre, y una dura
madrastra aun los cabritos también cuenta.
Mas si adelante llevas tu locura,
pondré lo que dirás que es más precioso:
dos vasos ricos de haya y bella hechura.
Labrólos Alcimedon ingenioso;
formó por la redonda entretejido
como de hiedra y vid un lazo hermoso.
En el medio, de bulto está esculpido
el Conon, y aquel otro que pusiera

el mundo por sus partes repartido;
El que mostró la siega y sementera,
y del arar el tiempo conveniente.
Nuevos los tengo en casa en su vasera.

DAMETAS

Del mismo tengo dos extrañamente
hechos: las asas ciñe un verde acanto,
y en medio del relieve está eminente
Orfeo, y su montaña atenta al canto.
Nunca los estrené; más comparada
la vaca, los tus vasos no son tanto.

MENELCAS

Saldré a cualquier partido, y si te agrada
será jüez Palemon, que allí viene;
que yo enmudeceré tu voz osada.

DAMETAS

A ello, que a mí nada me detiene;
mas para escarmentar aqueste osado,
que atiendas bien, Palemon, nos conviene.
Palem. Sobre esta yerba donde estoy sentado
cantad, que agora el tiempo nos convida,
que viste de verdura y flor el prado.
Agora el bosque cobra la perdida
hoja, y agora el año es más hermoso;
agora inspira el cielo gozo y vida.
Comienza tú, Dameta, y tú, gracioso
Menalca, le responde alternamente,
que el responderse a veces es sabroso.

DAMETAS

De Júpiter diré primeramente,
que al cielo y a la tierra está vecino,
y escucha mi cantar atentamente.

MENELCAS

Y a mí Febo me ama, y de contino
sus dones le presento, el colorado
jacinto y el laurel verde, divino.

DAMETAS

Traviesa, Galatea me ha tirado,
perdida por ser vista, una manzana,
que luego entre los sauces se ha lanzado.

MENELCAS

Mi dulce fuego, Amintas, de su gana
se viene a mi cabaña, conocido
más ya de mis mastines que Diana.

DAMETAS

Ya tengo con qué hacer a mi querido
amor gentil presente, porque veo
adónde dos palomas hacen nido.

MENELCAS

Conforme yo al poder y no al deseo,
diez cidras a mi bien he presentado,
y mañana otras diez dalle deseo.

DAMETAS

¡Oh cuántas y qué cosas platicado
conmigo ha Galatea! ¡Oh si el viento
algo dello a los dioses ha llevado!

MENELCAS

¿Qué me sirve que, Amintas, mi contento
desees, si yo aguardo en la parada,
y sigues tú del gamo el movimiento?

DAMETAS

Envíame a la Filis, que es llegada
mi fiesta; y ven tú, Yola, cuando fuere
la vaca por mí a Ceres degollada.

MENELCAS

Amo la hermosa Filis que me quiere,
y me dijo llorosa en la partida:
«Adiós, gentil zagal, si no te viere».

DAMETAS

El lobo es al ganado, y la avenida
a las mieses, al árbol, enemigo,
el viento, a mí Amarili embravecida.

MENELCAS

Ama el sembrado el agua, sigue amigo
la rama el cabritillo destetado,
la madre el sauz, yo a sólo Amintas sigo.

DAMETAS

Mi musa pastoril ha contentado
a Polio; apacentad con mano llena,
Musas, una ternera a vuestro amado.

MENELCAS

De versos tiene Polio rica vena:
un toro le criad que a cuerno hiera,
y con los pies esparza ya la arena.

DAMETAS

Quien, Polio, bien te quiere, lo que espera
le venga, y de la encina dulces dones,
y amomo coja de la zarza fiera.

MENELCAS

Quien no aborrece a Bavio, los borrones
ame de Mevio y lea, y juntamente
las zorras junza, ordeñe los cabrones.

DAMETAS

Los que robáis el prado floreciente
huid presto ligeros, que se asconde
debajo de la yerba la serpiente.

MENELCAS

Mirad por el ganado, que no ahonde
el paso, que la orilla es mal segura;
¿no veis cuál se mojó el carnero, y dónde?

DAMETAS

No pazcas par del río; a la espesura
guía, Títiro, el hato, que a su hora
yo le bañaré todo en fuente pura.

MENELCAS

Las ovejas, zagal, recoge, que hora
si las coge el calor, después en vano
se cansará la palma ordeñadora.

DAMETAS

¡Ay, en cuán buenos pastos, cuán mal sano
y flaco estás, mi toro; y al ganado
y al ganadero mata amor insano!

MENELCAS

El mal de estos corderos no es causado
de amor, y tienen sólo hueso y cuero;
no sé cuál ojo malo os ha mirado.

DAMETAS

¿Dime dónde y tenderte he por certero,
tenderte he por Apolo deste cielo
apenas se descubre un codo entero?

MENELCAS

Mas dime tú, ¿a dó produce el suelo
en las rosas escritos los reales
nombres, y goza a Filis sin recelo?
Palem. No es mío el sentenciar contiendas tales;
y tú mereces y éste la becerra,
y quien canta de amor los dulces males,
y quien prueba de amor la amarga guerra.

ÉGLOGA IV

Sicelides

Un poco más alcemos nuestro canto,
Musa, que no conviene a todo oído
decir de las humildes ramas tanto.

El campo no es de todos recibido,
y si cantamos campo, el campo sea
que merezca del Cónsul ser oído.

La postrimera edad de la Cumea
y la doncella virgen ya es llegada,
y torna el reino de Saturno y Rea.

Los siglos tornan de la edad dorada;
de nuevo largos años nos envía
el cielo y nueva gente en sí engendada.

Tú, Luna casta, llena de alegría,
favorece, pues reina ya tu Apolo,
al niño que nació en aqueste día.

El hierro lanzará del mundo él solo,

y de un linaje de oro el máspreciado
el uno poblará y el otro polo.

En este vuestro, en este consulado,
Polio, de nuestra edad gran hermosura,
tendrá principio el rico y alto hado.

En él comenzarán con luz más pura
los bienhadados meses su carrera,
y el mal fenecerá, si alguno dura.

Lo que hay de la maldad nuestra primera
deshecho, quedarán ya los humanos
libres de miedo eterno, de ansia fiera.

Mezclados con los dioses soberanos,
de vida gozarán, cual ellos, llena
de bienes deleitosos y no vanos.

Verálos, y verán su suerte buena
y del valor paterno rodeado
cuanto se extiende el mar, cuanto la arena,

Con paz gobernará. Pues, niño amado,
este primero don inculto y puro
el campo te presenta de su grado.

Ya te presenta el campo el bien seguro
bácar, la verde yedra trepadora,
el lirio blanco, el trébol verde, oscuro.

Y las ovejas mismas a su hora
de leche vienen llenas, sin recelo
de lobo, de león y de onza mora.

Tus cunas brotan flores, como un velo
derraman sobre ti de blancas rosas,
y no produce ya ponzoña el suelo,

Ni yerbas ni serpientes venenosas;
antes sin diferencia ha producido
en todas partes yerbas provechosas.

Pues cuando comencare en ti el sentido
de la virtud, y fueres ya leyendo
los hechos de tu padre esclarecido,

De suyo se irá al campo enrojeciendo
con fértiles espigas, y colgadas
las uvas en la zarza irán creciendo.

Los robles en las selvas apartadas
miel dulce manarán; mas todavía
habrá del mal antiguo sus pisadas.

Habrá quien navegando noche y día
corte la honda mar, quien ponga muro
contra el asalto fiero y batería,

Quien rompa arando el campo seco y duro;
habrá otro Tifi y Argo, otros nombrados
que huyan por la gloria el ocio oscuro.

Habrá otros desafíos aplazados,
irá otra vez a Troya, conducido
de su virtud, Aquiles y sus hados.

Mas ya cuando la firme edad crecido
te hiciere ser varón, el marinero
la mar pondrá y las naves en olvido.

El pino mercader rico y velero,
no ya de sus confines alejado,
lo propio trocará con lo extranjero.

Que adonde quiera todo será hallado
sin reja y sin esteva o podadera,
sin que ande al yugo el toro, el cuello atado.

No mudará la lana su primera
color con artificios, enseñada
a demostrarse otra de lo que era.

Porque en la oveja nace colorada
con carmesí agradable, y con hermoso
rojo y con amarillo inficionada.

El sandix, de sí mismo, en el vicioso
prado pacido, viste a los corderos
por hado no mudable ni dudoso.

Porque con voz concorde, y sus ligeros

husos las Parcas dicen volteando:
«¡Venid tales, los siglos venideros!»

Emprende, que ya el tiempo viene andando,
pimpollo, ¡oh divinal obra del cielo!,
lo grande que a ti solo está esperando.

Mira el redondo mundo, mira el suelo;
mira la mar tendida, el aire, y todo
ledo esperando el siglo de consuelo.

¡Oh si el benigno hado de tal modo
mis años alargase que pudiese
tus hechos celebrar y bien, del todo!

Que si conmigo Orfeo contendiese,
y si cantando contendiese Lino,
aunque la madre y padre de éstos fuese

Calíope de Orfeo, y del divino
Lino el hermoso Apolo, no sería
mi canto que su canto menos dino.

Ni el dios de Arcadia, Pan, me vencería;
y aunque fuese jüez la Arcadia desto,
la Arcadia en mi favor pronunciaría.

Conoce, pues, con blando y dulce gesto,
¡oh niño!, ya a tu madre, que el preñado
por largos meses diez le fue molesto.

Conócela; que a quien no han halagado
sus padres con amor y abrazo estrecho,
ni a su mesa los dioses le han sentado,
ni le admiten las diosas a su lecho.

ÉGLOGA V

Menalcas. Mopso

MENELCAS

Pues nos hallamos juntos, Mopso, agora,
maestros, tú en tañer suavemente,

y yo en cantar con dulce voz sonora,
¿Por qué no nos sentamos juntamente
debajo de estos córilos, mezclados
con estos olmos ordenadamente?

MOPSO

Tú eres el mayor; a ti son dados,
Menalca, los derechos de mandarme,
y a mí el obedecer a tus mandados.
Y pues que así te place, aquí sentarme,
a la sombra que el Céfito menea,
quiero, y es mejor, allí llegarme
Al canto de la cueva, que rodea,
cual ves, con sus racimos volteando
silvestre vida en torno, y hermosea.

MENELCAS

Conmigo mismo estoy imaginando,
que Aminta en nuestro campo es quien contigo
tan sólo competir puede cantando.

MOPSO

¿Qué mucho es que compita aquél conmigo?
Presumirá vencer al dios de Delo.

MENELCAS

Mas di si hay algo nuevo, Mopso amigo;
di del amor de Fili y desconsuelo,
di en loor de Alcón, o de los fieros
de Codro; y de tu grey pierde el recelo.
Pierde, que habrá quien guarde los corderos.

MOPSO

Antes aquestos versos que he compuesto
quiero probar agora los primeros.
En la corteza escritos los he puesto
de un árbol, y su tono les he dado;
y di compita Amintas después desto.

MENELCAS

Cuando es el blando sauz sobrepujado
de la amarilla oliva, y el espliego,
del rosal es vencido colorado;
Tanta ventaja tú, si no estoy ciego,
haces al mozo Amintas. Mas di agora,
que ya en la cueva estamos, di hora luego.

MOPSO

A Dafni, pastor, muerto con traidora
y muerte crudelísima, lloraban
toda la deidad que el agua mora.
Testigos son los ríos cuál estaban,
cuando del miserable cuerpo asidos
los padres las estrellas acusaban.
No hubo por quien fuesen conducidos
los bueyes a beber aquellos días,
ni fueron los ganados mantenidos.
Aun los leones mismos en sus frías
cuevas tu muerte, Dafni, haber llorado
dicen las selvas bravas y sombrías.
Que por tu mano, Dafni, el yugo atado
al cuello, va el león y tigre fiero.
Tú el enramar las lanzas has mostrado;
Tú diste a Baco el culto placentero;
tú de tu campo todo y compañía
la hermosura fúiste y bien entero;
Ansí como del olmo es alegría
la vid, y de la vid son las colgadas
uvas, y de la grey el toro es guía;
Cual hermosea el toro las vacadas,
como las mieses altas y abundosas
adornan y enriquecen las aradas.
Y ansí luego que, crudas y envidiosas,
las Parcas te robaron, se partieron
Apolo y sus hermanas muy llorosas.
Palas y Febo el campo aborrecieron,
y los sulcos que ya llevaban trigo,
de avena y grama estéril se cubrieron.
En vez de la violeta y del amigo
narciso, de sí mismo brota el suelo
espina, y cardo agudo y enemigo.
Pues esparcid ya rosas; poned velo
a las fuentes de sombra, que servido
ansí quiere ser Dafni desde el cielo.
Y con dolor, pastores, y gemido,
un túmulo poned, y en el lloroso
túmulo, aqueste verso esté esculpido:
Yo, Dafni, descansando aquí reposo;
nombrado entre las selvas hasta el cielo;
de hermosa grey pastor muy más hermoso.

MENELCAS

Cuanto al cansado el sueño en verde suelo,
cuando el matar la sed en fresco río,
es causa de deleite y de consuelo;
No menos dulce ha sido al gusto mío
tu canto, y no tan sólo en la poesía,
mas en la voz, si yo no desvarío,
Iguales tu maestro y su armonía.
Dichoso, que por él serás tenido
fuera de toda duda y de porfía.
Mas por corresponder a lo que he oído,
en la forma y manera que pudiere,
quiero poner mis versos en tu oído.
Al cielo encumbraré, cuanto en mí fuere,
a tu Dafni; diré a tu Dafni un canto,
que Dafni a mí también me quiso y quiere.

MOPSO

No hay don que a mi juicio valga tanto,
y mereció en tus versos ser cantado,
y ya me los loaron con espanto.

MENELCAS

De blanca luz en torno rodeado,
con nueva maravilla Dafni mira
el no antes visto cielo ni hollado;
Y puestos so sus plantas, viendo, admira
aquellos eternos resplandores,
y aparta la verdad de la mentira.
Allí, pues, de otras selvas y pastores
alegre y de otros campos goza y prados,
con otras Ninfas trata sus amores.
No temen allí el lobo los ganados,
ni las redes tendidas, ni el cubierto
lazo fabrica engaño a los venados.
Ama el descanso Dafni, y de concierto
los montes y las peñas pregonando
dicen: «Menalca es dios, éste es dios, cierto».
Favorece, pues, bueno prosperando
los tuyos y sus cosas amoroso,
los tuyos que tu nombre están cantando.
Que en este valle agora y bosque umbroso
levanto cuatro aras, y dedico
a Dafni dos, y dos a Febo hermoso.
Y en ellas cada un año sacrificio
de leche dos lecheros apurada,
y de olio vasos dos te santifico.

Y sobre todo en mesa embriagada,
abundante con vino y alegría,
a la sombra o al fuego colocada.
A la sombra en verano, mas el día
en que reinare el hielo, junto al fuego
tu honor festejaremos a porfía.
Dametas y el Egón cantarán luego;
Alfeo imitará también, saltando
los sátiros con risa y dulce juego.
Esto tendrás perpetuo, siempre cuando
el día de las Ninfas, cuando fuere
el día que los campos va purgando.
En cuanto por las cumbres ya paciere
del monte el jabalí; en cuanto amare
el río, y en el agua el pez corriere,
Y en cuanto de tomillo se apastare
la abeja, y ansimismo de rocío
la cigarra su pecho sustentare:
Tanto tu fama y nombre yo confío
irá más de contino floreciendo
al hielo siempre el mismo y al estío.
Como a Ceres y a Baco a ti ofreciendo
irán sus sacrificios los pastores,
y sus promesas tú también cumpliendo.

MOPSO

¿Qué dones no serán mucho menores
que lo que a versos tales es debido?;
tales que no es posible ser mejores.
Que a mí no me deleita así el sonido
del viento, que silbando se avecina,
ni las costas heridas con rüido;
Las costas donde azota la marina;
ni el río sonoro así me agrada,
que en valles pedregosos va y camina.

MENELCAS

Primero, pues, por mí te será dada
esta flauta, con que el Alexi hermoso
de mí, y la Galatea fue cantada.

MOPSO

Y tú toma este báculo ñudoso,
que Antino, mereciendo ser amado,
nunca me le sacó, y es muy vistoso
en ñudos, y con plomo bien chapado.

ÉGLOGA VI

Prima. Siracusio

Primero con el verso siciliano
se quiso recrear la musa mía,
y no se desdeñó del trato humano
y pastoril vivienda mi Talía.
Los reyes ya cantaba y Marte insano,
mas al oído Febo me decía:
«Conviénete, mi Títiro, primero
ser guarda de ganado y ser vaquero».

«Conviénele al pastor pacer ganado,
y que la flauta y verso iguales sean».
Y pues contino, ¡oh Varo!, estás cercado
de tantos que de ti cantar desean,
y que en las tristes guerras su limado
ingenio de contino y verso emplean,
yo quiero con el son de la pastora
zampoña concertar mi musa agora.

Mandado soy, y si por caso alguno
algún aficionado me leyere,
de ti, Varo, mi avena, de ti uno,
en cuanto el cielo en torno se volviere,
el pino cantará, el lauro, el pruno,
y todo lo que el bosque produjere:
que no hay cosa que a Febo caiga en grado,
como la carta a do Varo es nombrado.

Digamos, pues, Piérides: Un día
de Cromis y de Mnasilo, fue hallado
Sileno en una cueva, que yacía
en sueño y más en vino sepultado;
las venas hinchadísimas tenía
del vino que bebió el día pasado,
y la guirnalda por el suelo estaba,
mas el barril del asa le colgaba.

Dieron sobre él los mozos, que burlados
del viejo muchas veces, se dolieron
acerca de unos versos; y, llegados,

con su guirnalda misma le prendieron.
Egle, llegando ayuda a los turbados;
Egle, bella entre cuantas ninfas fueron;
y ya despierto, y viéndolo, la frente
con moras le pintaron juntamente.

Entonces él, riendo del engaño:
«¿A qué fin proseguís en más atarme?
Baste el haber podido hacerme daño,
baste el haber podido aprisionarme;
los versos que pedís luego os los taño;
podéis seguro, dice, desatarme;
los versos para vos, que a esa hermosa
yo la satisfaré con otra cosa».

Y comenzó; y del canto la dulzura
los sátiros movió, movió las fieras,
del roble y de la encina misma, dura;
las cimas menear a compás vieras;
no se alegró de Pindo más la altura
con Febo y con sus nueve compañeras,
ni el Ródope jamás admiró tanto,
ni el Ismaro de Orfeo el dulce canto.

Cantaba en qué manera en el tendido
vacío descendiendo, derramadas
las menudas simientes, habían sido
por acertado caso en sí ayuntadas;
de dó la tierra, el aire, el encendido
fuego, las aguas dulces y saladas
nacían de principio, y cuán de presto
el tierno mundo fuera así compuesto.

Y cómo comenzó a secarse el suelo,
y a su lugar la mar se retiraba,
y se figura todo; y cómo el cielo
con nuevo sol las tierras alumbraba;
ya toman las ligeras nubes vuelo,
ya el agua en largos hilos abajaba,
ya crece la floresta, y van por ella
los raros animales sin sabella.

Después dice las piedras alanzadas
por Pirra, y de Saturno el reino de oro;
las aves en el Cáucaso cebadas
en el sabio ladrón del gran tesoro;

y el Hila por las costas apartadas
buscando por demás con triste lloro
la fuente do quedó, y la voz continua
que hinche de ¡Hila!, ¡Hila! la marina.

Y habla con Pasífae, dichosa
si nunca o vaca o toro hubiera habido;
y dice en su consuelo: ¡Ay! ¿Qué afrentosa
locura, ¡ay desdichada!, te ha venido?
Jamás apeteció tan torpe cosa
la Preta, aunque bramó por el ejido,
y aunque temió a su cuello el duro arado,
y en su frente los cuernos ha buscado.

¡Ay, virgen desdichada! Tú, perdida
andas por la montaña, y él, echado
debajo un negro roble, en la florida
yerba, reposa el bello y blanco lado,
y pace allí la yerba amortecida;
por ventura sigue enamorado,
en medio la copiosa y gran vacada,
alguna vaca hermosa que le agrada.

«Cerrad, Ninfas, del bosque las salidas,
Ninfas de las florestas, cerrad luego;
si acaso encontraré con las queridas,
con las vagas pisadas de mi fuego,
que, o las dehesas verdes y floridas
detienen, o por caso el amor ciego,
siguiendo, algunas vacas le han traído
al gortinio pesebre conocido».

Y canta en pos de aquesto la doncella,
de la rica manzana aficionada;
y viste de corteza amarga aquella
hermosa compañía lastimada,
que del fraterno caso se querella,
y en álamos subidos transformada,
y con raíz hondísima los planta,
y con ramas crecidas los levanta.

Y canta cómo Galo en la ribera
de los ríos de Pérmeso hallado
por una de las nueve hermanas fuera;
y cómo de la misma fue llevado
al monte de Parnaso, y la manera

que el apolíneo coro levantado
le hizo reverencia, y cómo Lino
le dijo con acento y son divino.

De flores coronado, le decía:
«Toma, que te da Euterpe aquesta avena,
que antes dio al viejo Ascreo, que movía
los árboles las veces que la suena;
con ella cantarás el alegría
de la gortinia selva y suerte buena;
porque no haya bosque ni floresta
de quien se precie Apolo más que desta».

¿Qué servirá decir cómo cantada
es la Scila, que a Niso fue traidora,
la de quien se suena que, cercada
las ingles de fiereza ladradora,
de Ulises fatigó la noble armada,
y en el profundo piélagos mora,
¡ay triste!, los medrosos marineros
despedazó crüel con perros fieros?

¿O cómo refería del Tereo
los miembros transformados, los manjares,
los dones, el convite crudo y feo,
que le dio Filomela, los pesares
con que vengó su pena? Y dice arreo
las alas que la llevan por lugares
desiertos, con que vuela desdichada
sobre la que antes fuera su morada.

Y todo lo que a Febo ya cantado
el bienaventurado Eurota oído
había, y el oílo continuando
lo habían sus laureles deprendido,
Sileno lo cantaba, y resonando
los valles, a los cielos va el sonido;
hasta que ya la estrella apareciendo
del pasto las ovejas fue cogiendo.

ÉGLOGA VII

Forte sub arguta

Melibeo, Corydón, Tirsi

MELIBEO

Debajo un roble que, movido al viento
hacía blando estruendo, el Dafni estaba,
y Tirsi y Corydón al mismo asiento
su hato cada uno amenazaba;
el Tirsi conducía ovejas ciento,
cabras el Corydón apacentaba;
ambos zagales bellos, ambos diestros,
y en responder cantando muy maestros.
Allí fue, en cuanto encubro defendiendo
los mirtos del mal cierzo, desmandado
del hato un cabrón mío, y yo siguiendo
al Dafni vi, y dél visto fui llamado:
«Aquí ven, Melibeo, aquí corriendo,
dice que tu cabrón aquí ha parado,
y si te vaga un poco, aquí tendido
descansarás la priesa que has traído».
Aquí las vacas por el prado y eras
se vienen a beber; aquí florecen
del Mincio en verde hoja las riberas,
y los enjambres suenan y adormecen.
¿Mas quién diera recaudo a mis corderas,
que ni Filis ni Alcipe no parecen,
y estaban a cantar desafiados
el Tirsi, el Corydón, y muy trabados?
Al fin aventajé su canto y ruego
a mi negocio propio, y comenzaron
el uno acometiendo, el otro luego
volviendo la respuesta, y porfiaron
gran pieza así en el dulce y docto juego,
que a aquesta ley los mismos se obligaron.
El Corydón decía así cantando,
y el Tirsi así cantaba replicando.

CORYDON

Amadas Musas, inspiradme agora
de versos la feliz y docta vena,
del Codro, que con el que en Delo mora,
cantando a las parejas casi suena;
si para aquél sólo se atesora
el primor todo de la docta avena,
colgada para siempre desde luego

a aqueste pino mi zampona entrego.

TIRSI

Este poeta que hora se levanta,
pastores los de Arcadia, coronado
de hiedra, levantad a gloria tanta,
que con envidia el Cedro traspasado
reviente, o si excediere en lo que canta,
el uno le ceñid y el otro lado;
con bácar le ceñid la docta frente
no prenda en él la lengua maldiciente.

CORYDON

De un jabalí cerdoso te presenta
esta cabeza el Micón, ¡oh Diana!,
y estos ramosos cuernos, donde cuenta
el ciervo vividor su vida vana:
y si lo que en el alma representa
por medio de tu mano alcanza y gana,
de mármol estarás, y con calzado
de tornasol teñido y de violado.

TIRSI

Y tú, de leche un vaso por ofrenda,
de mí tendrás en cada un año cierto;
no es justo que el pequeño don te ofenda,
pues guardas tú, Príapo, un pobre huerto:
de piedra eres agora, mas si enmienda
el año, de riqueza irás cubierto;
con oro lucirás si acrecentare
la nueva cría el año y mejorare.

CORYDON

Nerine Galatea, más sabrosa
que es el tomillo hibleo, y que el nevado
cisne más blanca mucho, y más hermosa
que el álamo de yedra rodeado;
si vive en tu sentido y si reposa
de aqueste tu pastor algún cuidado,
vendrás con pie ligero a mi majada,
en tornando del pasto la vacada.

TIRSI

Y yo más que el asensio desabrido,
más áspero que zarza y vil te sea,
más que las ovas viles; más huido

que el lobo es de la oveja yo me vea,
si no se me figura haber crecido
un siglo aquesta luz odiosa y fea.
Id hartos, id, novillos, a la estanza;
que ya es mala vergüenza tal tardanza.

CORYDON

Fuentes, de verde musco rodeadas,
y más que el blando sueño, yerba amena,
y vos, ramas, que en torno levantadas
hacéis sombra a la pura y fresca vena,
debajo de vosotras, allegadas,
sesteen las ovejas; que ya suena
el grillo, y la vid brota, y ya camina
viniendo el seco estío y se avecina.

TIRSI

Aquí hay hogar y fuego, aquí la llama
con tea resinosa siempre dura;
aquí el humo que sube y se derrama
matiza con hollín el techo, oscura;
aquí si el blanco cierzo sopla y brama,
curamos dél, lo mismo que se cura
de no robar el río su ribera,
de guardar la grey el lobo entera.

CORYDON

Debajo de sus árboles caída
yace la fruta, y sobre la montaña
tuerce de su serbal al ramo asida
la serba, y del castaño la castaña;
la copia por los campos extendida
el valle y monte todo en gozo baña;
mas si Alexis sus ojos relucientes
cubre, se secarán las mismas fuentes.

TIRSI

Los campos están secos y agostados
por culpa del sereno aire, y muere
la yerba de sedienta en los collados;
tender su hoja ya la vid no quiere.
Serán aquestos daños remediados
al punto que mi Filis pareciere:
ante ella su verdor cobrará el suelo,
y abajará con lluvia larga el cielo.

CORYDON

El álamo de Alcides es querido,
de Baco la vid sola es estimada,
el mirto la de Venus siempre ha sido,
y en el laurel por Febo es Dafni amada;
el córilo es de Filis escogido,
del córilo la Filis pues se agrada;
al córilo conozcan por rey solo
el mirto y el laurel del rojo Apolo.

TIRSI

Bellísimo en el bosque el fresno crece,
el pino es en los huertos hermosura,
el álamo en los ríos bien parece,
la haya de los montes el altura;
mas cuando ante mis ojos aparece,
¡oh Lícida divino!, tu figura,
el pino de los huertos no es hermoso,
el fresno de los bosques no es vistoso.

ÉGLOGA VIII

Damón y Alfesibeo

El dulce y docto contender cantando
de Alfeo y de Damón, que embebecida
la novilla admiró, casi olvidando
la yerba y el pacer, por quien perdida
la presa tuvo el lince, y restañando
los ríos sosegaron su corrida;
digamos, pues, el canto y los amores
de Alfeo y de Damón, doctos pastores.
¡Oh tú, que hora con remo victorioso
pasas el Timavo o la vecina
costa! ¿Si jamás día tan dichoso
veré, que me conceda con voz dina
cantar tu pecho y brazo valeroso,
cantar tu verso y musa peregrina,
a la cual sola dice justamente
la majestad del trágico elocuente?
De ti hizo principio, en ti fenece,
y todo mi cantar en ti se emplea;

recibe aquestos versos que te ofrece
la voz que tu querer cumplir desea;
al vencedor laurel, que resplandece
en torno de tu frente y la hermosea,
consiente que, allegada y como asida,
aquesta yedra vaya entretejida.
Apenas de la noche el velo frío
había el claro cielo desechado,
al tiempo que es dulcísimo el rocío
sobre las tiernas yerbas al ganado,
vertiendo de los ojos largo río,
al tronco de un olivo recostado,
Damón tocó la flauta lastimero
y comenzó a cantar así el primero:

DAMON

«Procede ya, Lucero, ante el sol bello,
en tanto que de Nise fementida,
por vil amor trocado, me querello
y notifico al cielo mi herida
bien que nunca hallé provecho en ello
en esta hora postrera de mi vida;
y tú suena, y conmigo el son levanta,
zampoña, como en Ménalo se canta.
En Ménalo contino el bosque suena,
en Ménalo los pinos son cantores,
con la voz pastoril siempre resuena,
y siempre oye sus quejas, sus amores,
y siempre oye los dioses, de la avena
dulcísima primeros inventores.
Pues suena ya, y conmigo el son levanta,
zampoña, como en Ménalo se canta.
Casó Nise con Mopso; ¿qué mixtura
no templará el amor? El tigre fiero
pondrá con la paloma, y por ventura
en uno pacerán lobo y cordero.
Dispónete que tuya es la ventura;
¡sus!, Mopso, que por ti sale el lucero.
Y tú suena, y conmigo el sol levanta,
zampoña, como en Ménalo se canta.
Mas ¡qué bien empleada la que enfado
de todos, arrogante, burla hacías;
la que mi sobrecejo y mi cayado,
mi barba y mi zampoña aborrecías;
la que de nuestras cosas el cuidado
ajeno de los dioses ser creías!

Pues suena ya, y conmigo el son levanta,
zampona, como en Ménalo se canta.
Pequeña y con tu madre, y yo por guía,
te vi entre mis frutales hacer daño;
ya dende el suelo yo tocar podía
las ramas, y doblaba el sexto año.
Como te vi, perdí, ¡ay!, la alma mía;
llevóme en pos de sí preso el engaño.
Y tú suena, y conmigo el sol levanta,
zampona, como en Ménalo se canta.
Ya te conozco, Amor. Entre las breñas,
en fiero punto, en día temeroso,
ni nuestro en sangre, ni con nuestras señas,
de duros Garamantes, del fragoso
Ródope procediste, y de las peñas
del Ismaro, do bate el mar furioso.
Y tú suena, y conmigo el son levanta,
zampona, como en Ménalo se canta.
Por ti, crudo, tiñó la cruda mano
en sus hijos Medea ensangrentada;
mas ¿cuál fue de los dos más inhumano,
tú, malvado Amor, o tú, malvada?
Tú fuiste siempre, Amor, un mal tirano;
tú fuiste una cruel desapiadada.
Y tú suena, y conmigo el son levanta,
zampona, como en Ménalo se canta.
Mas ya siquiera huya perseguido
el lobo de la oveja, y sea arreo
del roble la azucena, y al sonido
del cisne se aventaje el cuervo feo,
y Títilo al Arión preferido,
a Arión sea en mar, en monte a Orfeo.
Y tú suena, y conmigo el son levanta,
zampona, como en Ménalo se canta.
Y siquiera se anegue todo el mundo,
vivid, selvas, por tiempo prolongado;
que yo del alto risco al mar profundo
venir me determino despeñado.
Si no lo fue el primero, este segundo
servicio de ti, Nise, será amado.
¡Ay!, cesa ya, zampona, y no levantes
el son, ni como en Ménalo más cantes».
Aquí dio fin Damón a su lamento,
y suspiró profunda y tiernamente;
tocó del grave mal el sentimiento
el monte, que responde en son doliente,

y luego, puesto en pie, con nuevo acento,
sonando la zampoña dulcemente
Alfeo comenzó; lo que ha cantado,
vos, Musas, lo decid, que a mí no es dado.

ALFEO

«Corona aqueste altar con venda y flores;
agua me da, y enciende la verbena,
incienso macho enciende; en mis dolores
veré si hay fuerza alguna o arte buena,
veré si torno a Dafni a mis amores;
no falta sino el canto, canta y suena,
y di: ¡Ve, mi conjuro, y la mar pasa,
y vuelve de la villa a Dafni a casa!
El canto y el conjuro es poderoso
a retraer la luna reluciente;
el rostro demudó Circe monstruoso
con cantos del Ulises a la gente;
de canto rodeada vigoroso
revienta por los prados la serpiente.
Ve presto, mi conjuro, y la mar pasa,
y vuelve de la villa a Dafni a casa.
Tres cuerdas te rodeo lo primero,
de su color cada una variada
imagen, y con pie diestro y ligero
acerca de este altar y ara sagrada,
traerte alrededor tres veces quiero,
que el número de tres al cielo agrada.
Ve presto, mi conjuro, y la mar pasa,
y vuelve de la villa a Dafni a casa.
Añuda, ¡oh Amarilis!, con tres ñudos
cada uno de estos hilos colorados;
añuda ya, y no estén los labios mudos;
di en cada ñudo de estos por ti dados:
«Ñudos de amor, estrechos, ciegos, crudos,
ñudos de amor doy firmes y añudados».
Ve presto, mi conjuro, y la mar pasa,
y vuelve de la villa a Dafni a casa.
Así como esta cera torna blanda,
así como este barro se endurece,
y un mismo fuego en ambas cosas anda
y juntamente seca y enternece,
así tú, Amor, conmigo a Dafni ablanda,
y para las demás le empedernece.
Ve presto, mi conjuro, y la mar pasa,
y vuelve de la villa a Dafni a casa.

Esparce ese batido de harina,
de farro y sal mezclada en esa llama;
al fuego aquel laurel verde avecina,
y encima dél el bálsamo derrama.
Dafni crudo me abrasa a mí mezquina,
yo quemo en su lugar aquesta rama.
Ve presto, mi conjuro, y la mar pasa,
y vuelve de la villa a Dafni a casa.
Cual la novilla de buscar cansada
su toro por los montes, junto al río
se tiende dolorida, y, olvidada,
no huye de la noche ni del frío;
así me busques, Dafni, así buscada
en pago del amor te dé desvío.
Ve presto, mi conjuro, y la mar pasa,
y vuelve de la villa a Dafni a casa.
En los pasados años aquel ciego
y desleal me diera estos despojos,
entonces caras prendas, dulce fuego,
agora crudos y ásperos abrojos;
aquéstos, tierra, agora yo te entrego,
porque la restituyas a mis ojos.
Ve presto, mi conjuro, y la mar pasa,
y vuelve de la villa a Dafni a casa.
También estas ponzoñas producidas
en Ponto, porque el Ponto es fértil dellas,
de su lugar las mieses traducidas,
y vuelto en lobo al Meris vi con ellas;
al Meris, que las vidas fenecidas
reduce a ver la luz de las estrellas.
Ve presto, mi conjuro, y la mar pasa,
y vuelve de la villa a Dafni a casa.
Esta ceniza coge y saca afuera;
adonde el agua corre ve a lanzalla;
por las espaldas la echa, y ven ligera;
no mires, Amarilis, al echalla.
Con esto tentaré aquel alma fiera.
Mas ¿qué canto o qué dios podrá ablandalla?
Ve presto, mi conjuro, y la mar pasa,
y vuelve de la villa Dafni a casa.
¿No ves que las cenizas alzan llama
en cuanto me detengo? Por bien sea.
¡Ay! Yo no sé quién es, que alguno llama,
que la perrilla en el portal vocea.
¿Si viene por ventura, o si quien ama
soñando finge aquello que desea?

¡Ay! Pon a tu camino, pon ya tasa,
conjuro, que mi Dafni es vuelto a casa».

ÉGLOGA IX

Lícidas, Meris

LICIDAS

A dó, Meri, los pies te llevan ahora?
¿Por caso vas adonde va el camino?
¿Por ventura a la villa vas tú agora?

MERIS

¡Oh Lícida! Por nuestro mal destino
habemos a ver vivos allegado
lo que en el pensamiento nunca vino.
A que nos diga un malo apoderado
de nuestras heredades, sin mesura:
«Id fuera, que esto todo a mí me es dado».
Y así ¡que se le vuelva en desventura!
le envió triste agora estos corderos,
pues todo lo trastorna la ventura.

LICIDAS

Oyera yo que desde los oteros
de do vienen cayendo los collados,
hasta del agua y haya los linderos,
Que todos estos pastos y sembrados
por medio de sus versos y poesía
fueron a tu Menalca conservados.

MERIS

Oiríaslo, que ansina se decía.
Mas versos entre armas pueden tanto
como contra el león el ciervo haría.
Y si ya la corneja con su canto
a fenecer los pleitos como quiera
no me inclinara de contino tanto;
Si desto ya avisado no estuviera,
por cierto ten que agora ni este amigo
tuyo ni mi Menalca vivo fuera.

LICIDAS

¡Ay! ¿Cabe tal maldad ni en enemigo?
¡Ay! Casi nuestras fiestas acabadas,
Menalca, y nuestros gozos ya contigo,
¿Quién hiciera en las fuentes enramadas?
¿Quién cantara a las Ninfas de contino?
¿Quién sembrara con flores las majadas?
¿O los versos que ayer con arte y tino
a la Amarili hurté calladamente,
cuando conmigo a solazarse vino?
«Tíiro, en cuanto vuelvo prestamente
las cabras apacienta, y, en paciendo,
llévalas a la pura y fresca fuente.
Llévalas, y al llevar ten cuenta yendo
no enojas al cabrón, porque, enojado,
hiere mal con el cuerno acometiendo».

MERIS

O lo que para Varo no acabado,
mas lleno de primor y de dulzura,
cantaba deleitando monte y prado:
«Los cisnes tu loor si Mantua dura,
si Mantua de Cremona, ¡ay!, mal vecina
cantando, subirán en grande altura.

LICIDAS

Ansí huya tu enjambre de malina
árbol, ansí las ubres tu vacada
con pasto bueno ensanche a la contina.
Di, si te acuerdas de algo, que me es dada
la flauta a mí también, y de mi canto
me dicen los pastores les agrada.
Bien que no les doy fe, ni daré en cuanto
no merezco del Varo ser oído,
mas, como entre los cisnes ánsar canto.

MERIS

En eso mismo estoy embebecido
si pudiese tornallo a la memoria,
que no merece ser puesto en olvido.
¿Qué pasatiempos hallas o qué gloria
en las ondas? ¡Oh! Aquí ven, Galatea,
a do de sus esmaltes hace historia;
A do el verano bello hermosea
y pinta la ribera, pinta el prado
y todo en derredor cuanto rodea.
Aquí el álamo blanco, levantado,

hace sombra a la cueva deleitosa,
aquí teje la vid verde sobrado;
Aquí hace la vid estancia umbrosa.
Aquí, pues, ven ya, y deja que en la arena
golpee a su placer la mar furiosa».

LICIDAS

¿Y lo que yo te oyera una serena
noche? Que si los versos hora olvido,
su tono en mis orejas siempre suena:
«Dafni, ¿qué miras, todo convertido
a los antiguos signos? Que más bella,
que otra más bella luz ha aparecido.
Mira cuál sale y sube la alta estrella
de César, con la cual se goza el trigo,
y las uvas colora en la vid ella.
Enjiere con aquesta luz que digo,
enjiere, Dafni, los perales luego;
tus nietos cogerán el fruto amigo».

MERIS

Hace la muerte en todo tiempo entrego,
y del gusto también que yo solía
largos soles pasar en canto y juego,
Y agora, ya gastada la alma mía,
en demás de mil versos que me olvido,
la voz misma me huye y se desvía.
Primero de los lobos visto he sido;
mas cien veces aquesto todo arreo
te será de Menalca referido.

LICIDAS

Con achaques dilatas mi deseo,
y el mar se calla agora sosegado,
y ni resuena el viento, según veo.
Sus murmullos los aires han echado,
y es éste el medio espacio; que aparece
adonde el Bianor está enterrado.
Aquí sentados, pues, si te parece,
cantemos; aquí asienta los corderos,
que en la villa estarás cuando anochece.
Y si temes algunos aguaceros
al venir de la noche, así cantando
iremos más alegres y ligeros.
El camino el cantar irá aliviando,
y yo te aliviare de aqueste peso,

por que cantemos yendo caminando.

MERIS

Pon, Lícida, ya fin a este proceso;
hagamos lo que hacemos de presente,
que el tiempo y la sazón de todo eso
es cuando aquél tornare a estar presente.

ÉGLOGA X

Extremum

Este favor de ti que es ya el postrero,
me sea, ¡oh Aretusa!, concedido.
De Galo algunos versos decir quiero,
mas versos que convengan al oído
de la Lícoris, lazo estrecho y fiero,
en que padece preso el afligido;
que ¿quién jamás con buena y justa excusa
a Galo negará su verso y musa?

Concédeme, pues, Ninfa, alegremente
esta merced debida y deseada.
Ansí cuando huyendo tu corriente
debajo de la mar va apresurada,
la Doris no inficione osadamente
con su amargor tu agua delicada.
Comienza ya, y digamos el cuidado
de Galo, mientras pace mi ganado.

Los montes dan oído a nuestro canto
que tienen y los montes sus oídos
y a cuanto les cantamos otro tanto
al punto dellos somos respondidos.
Mas, Náyadas, ¿qué selva amastes tanto?
¿Qué bosque así ocupó vuestros sentidos,
cuando de amores Galo perecía,
pues ningún monte docto os detenía?

Que cierto es que ni el Pindo ni el Parnaso
de algún detenimiento causa os fueron,
ni el Aganipe aonia del Pegaso,
ni la Castalia fuente os detuvieron.
Y fue tan lastimero y duro el caso,

que dél los insensibles se dolieron;
lloró el pino, y lloró el laurel febeo,
y el Ménalo y las peñas del Liceo.

Y las ovejas mismas lastimadas,
juntas con él estaban de contino;
a ellas no les pesa ser guiadas
por ti, el mayor poeta y más divino;
no deben ser de ti menospreciadas,
ni juzgues que el ganado no te es dino,
pues fue del bello Adoni apacentado
por prados y riberas el ganado.

Y vino el ovejero; y vino luego
el porquerizo, y vino el gordo hinchado,
Menalca, de bellota: «¿Y tanto fuego
y tanto amor, de dónde?», han preguntado;
y también vino Apolo, y dice: «Ruego
me digas, ¿qué locura te ha tomado?
Lícori, por quien, Galo, estás muriendo,
a otro por las nieves va siguiendo».

Y vino el dios Silvano, y parecía
que sacudiendo recio meneaba
los lirios y espadañas que traía,
que con la frente en torno coronaba;
y el dios de Arcadia, Pan, también venía
con rostro rubicundo que agradaba;
por nuestros ojos mismos visto ha sido,
de negras moras y carmín teñido.

¿Y cuándo has de dar fin a tu tormento?
Que de estas cosas, dice, Amor no cura;
que nunca amargo lloro y sentimiento
hartaron del Amor la hambre dura,
ni se vio Amor de lágrimas contento,
ni cabra de pacer rama y verdura,
ni de flor las abejas, ni los prados
de en agua de contino andar bañados».

Él, sin embargo desto, doloroso
y triste respondió: «Vos, los pastores
de Arcadia, cantaréis con lastimoso
verso por vuestros montes mis dolores;
vosotros que en el canto artificioso
sois únicos maestros y cantores.

Reposará mi alma ¡oh, en qué alegría!
si canta vuestra voz la suerte mía.

Y aun o si de vosotros fuera yo uno,
guarda de ganado o viñadero;
si amara a Fili, Aminta u otro alguno
que si es moreno Aminta, no es tan fiero
tendido so los sauces de consuno,
gozáramos en paz del bien postrero;
La Fili de guirnaldas me cercara,
y Amintas con su canto me alegrara.

Aquí prados había deleitosos;
aquí, Lícori, hallaras fuentes frías,
y aquí, si te agradare, en amorosos
deseos traspasáramos los días.
Mas ¡ay!, que agora, Amor, por peligrosos
pasos llevas mis locas fantasías,
y entre las armas fieras y el bramido
de Marte tienes preso mi sentido.

Y de la patria tú, y de mí alejada
mas nunca crea yo tal desventura
sola y sin mí la nieve alpina helada,
y ves del Rin la sierra helada y dura.
¡Ay! No ofenda a tu carne delicada
el frío, o menoscabe tu hermosura;
no corte de tu planta el cuero tierno
la escarcha rigurosa del invierno.

Lo que en verso calcídico he compuesto,
poner quiero en la flauta siciliana,
y entre las selvas y alimañas puesto
quiero pasar mi duelo y pena insana;
entallaré en los árboles aquesto,
y tu quebrada fe, Lícori, y vana,
ellos creciendo se harán mayores,
y creceréis con ellos mis amores.

Y a veces con las Ninfas paseando
del Ménalo andaré por los oteros,
si me diere gusto iré cazando
los tímidos venados y ligeros,
sin ser conmigo parte, ni lanzando
nieve el cielo o turbios aguaceros,
serán de mí con perros rodeados

los valles del Partenio y los collados.

Y se me representa ya y figura
que voy por los peñascos discurriendo;
ya voy por la montaña espesa, oscura,
ya encorvo el arco turco, ya le extiendo;
¡ay!, como si salud a mi locura
diese lo que ora triste voy diciendo,
como si del mal del pecho humano
supiese condolerse aquel tirano.

Mas ya ni quiero Ninfas ni cantares;
los versos no me placen, ni los quiero,
ni gusto por montañas, y lugares
ásperos perseguir al puerco fiero;
las selvas no remedian mis pesares,
ni la crüel herida de que muero,
ni estudio mío, o pena o triste duelo
pueden mudar aquel que abrasa el suelo.

No pueden, ni si en medio del invierno
pusiese dentro el pecho el Hebro helado
ni si cuando del olmo el cuero interno
se seca en los Guineos, su ganado
paciese encomendado a mi gobierno,
y cuando el sol en Cancro está encumbrado.
Y pues, vencido amor, todo lo tiene,
rendírnosle de fuerza nos conviene».

Esto me baste, Musa, haber cantado,
en cuanto un canastillo estoy tejiendo
a Galo, cuyo amor, cual bien plantado
álamo, en mí por horas va creciendo.
¡Alto!, que el ya a la sombra estar sentado
daña, y del enebro y más la sombra siendo;
y aun a las mieses son las sombras frías.
¡Id hartas, que anochece, id, cabras mías!

FIN